

LA ESPIRAL, ESPACIO PARA EL PENSAMIENTO Y LAS CULTURAS DEL VALLE DEL EBRO

TEXTO ORIGINAL DE LUIS ARENAS

LA ÉTICA

El vínculo comunitario une a hombres y mujeres con los dioses y lo numinoso, pero los une, sobre todo y a diario, entre sí. Esta experiencia de vida en común define un rasgo esencial de lo humano que Aristóteles señaló: para vivir solo hay que ser más que un hombre o menos que un hombre. Las bestias soportan el peso de la vida solitaria. Quizá los dioses también. No los seres humanos.

La experiencia ética nace de ese estar y vivir con los otros. Por encima de reglas, mandatos, órdenes o dictados, el sentido que alimenta los consejos morales en cualquier sociedad humana es el de tratar de favorecer la convivencia con los que me son próximos. El de aliviar —con mejor o peor fortuna— las fricciones que provoca la vida en común. De ahí que el compromiso ético con el Otro, lejos de ser una suerte de exigencia sobreañadida y aceptada con fastidiosa resignación, constituya la forma natural de estar en el mundo y de relacionarnos con el prójimo. (El prójimo: literalmente, el que está cerca, *próximo*, el que, a nuestro lado, nos demanda cuidado y solicitud.) Interesarse y preocuparse por los que nos rodean, por aquellos de los que pende nuestra existencia como de un delicado hilo, lejos de ser la espada de Damocles que amenaza nuestra libertad, es la condición que le otorga sentido y la hace verdaderamente posible.

En su origen —incluso en su misma etimología— la ética mantiene un estrecho vínculo con las *costumbres* de una comunidad. Pero desde muy pronto el flujo cultural y el intercambio entre grupos humanos enfrentaron a los hombres y mujeres con el hecho incontrovertible de la diversidad moral: de costumbres, prácticas y preceptos. Al comienzo escandalizó que un meridiano pudiera decidir la validez de una norma moral: “Verdad a este lado de los Pirineos y un error más allá”. Enfrentados a la variedad entre éticas diversas, obligados a resolver su eventual conflicto, durante mucho tiempo los grupos humanos reclamaron en vano para sus propios preceptos éticos la indeleble marca de la eternidad. Si el mundo antiguo hizo de la ética una forma de satisfacer el anhelo de una vida buena, la ética en la modernidad buscó infructuosamente hallar un fundamento definitivo y absoluto a las prescripciones morales. La voluntad de Dios o la guía de la naturaleza se postularon como una garantía definitiva de la moral.

Pero hoy día el mundo globalizado de la postmodernidad nos enfrenta a la experiencia de tener ante nosotros una comunidad sin fronteras: en un mundo que se ha convertido en aldea global, ya no hay barreras infranqueables y la comunidad de los que nos son próximos, de los que sufren o se benefician de nuestros actos se ha hecho virtualmente ilimitada.

Algunos han visto en este hecho la clave de la necesidad de una ética mundial que piense por vez primera en la humanidad como una sola comunidad. Desde hace años teólogos, filósofos, economistas, juristas, políticos o artistas trabajan en el Proyecto de una Ética Mundial: un diálogo intercultural e interreligioso que permita proponer una orientación ética global a la humanidad ante los retos de la convivencia entre civilizaciones. El desafío asume la imposibilidad de que la humanidad sobreviva sin una ética mundial y de que la paz mundial sea posible sin paz religiosa.

Se trata, en definitiva, de un desafío que nos invita reconocer a nuestro *prójimo* en cualquier Otro. Por muy diferente que sea su lengua, su raza o religión. Por muy lejos que se encuentre de nosotros.